

NECROLOGIA

DON ELIAS TORMO MONZO

(† el 22 de diciembre de 1957)

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI



D. ELÍAS TORMO.

GRAN dolor sentimos al irse de este mundo D. Elías Tormo, los que fuimos sus discípulos más fieles y directos. Durante los últimos treinta años de su vida estuve yo a su lado, como él estuvo al mío en el para mí solemne momento de mi ingreso en esta Corporación, que fué, por cierto, con sentimiento lo recuerdo, la última de sus intervenciones públicas en la vida académica. Recibí primero de él la lección de su enseñanza y sabiduría, desde mi paso por la cátedra, y después tuve la fortuna de gozar de su amistad en estrecha colaboración afectuosa, en la que siempre me sentí estimulado y confortado por su inagotable maestría y el ejemplo intachable de su vida virtuosa.

En tiempos felices o adversos, en intensas jornadas de aprendizaje activo, a través de los caminos de España y de otros países, recibí de él la lección vivaz e inestimable de su experiencia humana. Porque D. Elías era uno de los hombres más humanos y veraces que he conocido en mi vida, y él llevaba esta veracidad hasta el heroísmo, con desdén absoluto por los sinsabores que trae al hombre sincero el culto de la verdad sin hipocresías. Gustaba de esconder a veces su honda y bondadosa humanidad bajo una faz severa y aun hosca que desconcertaba a los que no iban más allá; con ella se defendía de la superficial frivolidad ajena. Pero los que le conocíamos bien sabíamos lo que había en él de afectuosa simpatía y de generosidad espiritual.

Su clase despertó vocaciones que él sabía encauzar en la más rigurosa disciplina de trabajo. Predicaba con el ejemplo; porque sus abnegadas y sabias tareas de historiador del arte fueron, casi siempre, encaminadas hacia lo más áspero y menos brillante, hacia lo más útil para los que vinieran detrás. Quería con ello dar, una vez más, el ejemplo,

impagable en este país de ingenios fáciles y brillantes, tantas veces vanos y anárquicos, del vigor y la exactitud de la disciplina y la eficacia.

Conocía España como nadie, porque la recorrió incansable a lo largo de más de setenta años, con ascético desprecio por la comodidad y la pereza, la fatiga y el desánimo. Su curiosidad universal y sus dotes de observador hacían de su memoria prodigiosa un archivo viviente de historia, de costumbres, de lugares y sucesos, de hombres y paisajes. Por ello, su conversación era manantial vivo que os enriquecía con sus experiencias de un mundo complejo, rico, más lleno de interés que la mera erudición —y la suya era portentosa— del profesor especialista.

Su intachable fidelidad política a los principios monárquicos, que sustentaban su patriotismo lúcido y sereno; su honda fe religiosa, que fué en él siempre compatible con la calidad comprensiva y la transigencia; su rigurosa honestidad pública y privada, patente en su modestísimo y casi monacal estilo de existencia, eran puntales firmes de una vida ejemplar, en la que el desinterés y la virtud resplandecían con la pura entereza de lo auténtico.

Perteneció D. Elías a una generación excepcional, a la que el porvenir hará justicia. Con su defunción, los estudios de arte en España perdieron un sabio profesor insustituible, la Academia uno de sus más ilustres y laboriosos miembros y sus discípulos un maestro inolvidable, que dejó huella profunda en nuestra vida y una estela de bondad y de afecto en nuestro perenne recuerdo.